

## IV

Dícenos el evangelista San Juan que, habiendo pasado Jesús al otro lado del mar de Galilea, seguía una multitud de gentes atraídas por las milagrosas curaciones que hacía en favor de tantos enfermos. Viendo que los que le rodeaban eran tantos, aunque Él sabía muy bien lo que había de hacer, dijo á Felipe: «Con qué podremos comprar bastante pan, para dar de comer á todos estos?»—«Doscientos denarios de pan, contestó el Apóstol, no serían bastantes para dar un poco á cada uno.» Acercóse entonces San Andrés, y dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tanta gente?» Mandó el divino Jesús que hiciesen se sentase toda aquella multitud, entre la cual había cerca de cinco mil hombres; tomó los panes, y habiendo dado gracias á su Eterno Padre, los distribuyó, lo mismo que los peces, á toda aquella gente, dando á cada uno todo cuanto quiso; y después que todos quedaron satisfechos, mandó á sus discípulos que recogiesen los fragmentos que habían sobrado, con los cuales se llenaron doce canastas. Al presenciar este milagro, decían las turbas: «Este verdaderamente es el Profeta que ha de venir al mundo;» y Jesús, conociendo que trataban de hacerle rey, huyó al monte. Grandes enseñanzas encierra este maravilloso pasaje del Evangelio; pero en él consideraremos hoy, amadísimos hijos Nuestros, la divina excelencia del Santísimo Sacramento del altar, que distribuido por los sacerdotes en la sagrada comunión, nunca se menoscaba; y aunque una de las sagradas partículas se divide en muchas partes, tanto contiene cada una de estas partes como contenía la partícula entera, porque en toda y en cada una de sus partes está «todo entero Jesucristo Nuestro Señor con toda su Humanidad sacratísima y su adorable Divinidad; y cada una de las sagradas formas y cada pequeñísima parte de ella da á cada uno de los que comulgan la gracia que pide su necesidad y sus disposiciones.

La Sagrada Eucaristía es el más brillante testimonio de la sabiduría y del amor de Dios, y de ella quiso hacer nuestro amabilísimo Salvador como un compendio de todos los misterios de su vida; «de manera, dice San Agustín, que si según los designios de esta Sabiduría eterna, fué preciso que la Divinidad se uniese á la Humanidad en la persona de Jesucristo, para que fuese mediador entre Dios y los hombres, preciso es también que esta sacratísima Humanidad se nos úna para que podamos ir á Dios por medio de este omnipotente Mediador. Y así es

que por una providencia toda divina de que sólo Él es capaz, después de haber fundado su Iglesia con el sacrificio de su santísima vida en la Cruz para reconciliarla con Dios, la anima y la santifica todos los días con el Sacramento de la Sagrada Eucaristía, para hacerla digna de Dios.» Invitaba con empeño la infernal serpiente á la primera mujer á que comiese de la fruta del árbol prohibido de la ciencia del bien y del mal, asegurándola que serían como dioses; y esta malévola invitación nos perdió, mientras que nuestro divino Jesús, mandándonos con positivo precepto que comamos su divino Cuerpo en la Sagrada Eucaristía, nos hace en cierto modo dioses por participación, incorporándonos á Él, como decía el Apóstol San Pablo: «*Vivo yo; mas no yo, sino que Cristo es el que vive en mí.*» Y es muy del agrado de nuestro amabilísimo Jesús que le recibamos en el santísimo Sacramento de la Eucaristía, porque en esto le damos prueba de un amor puro y desinteresado. Que nos acercásemos á Él rendidos cortesanos, cuando apareciese como en el Sinaí despidiendo vivísimos fulgores y ostentando avasalladora grandeza y majestad adorable en medio de truenos y relámpagos; ó cuando sereno y magnífico dominando los elementos, iba elevándose al cielo desde el Olivete entre las adoraciones y cantares entusiastas de los coros angélicos; ó cuando cariñoso y tiernísimo se nos apareciese radiante de celestial hermosura y mostrándonos como á la Beata Margarita María Alacoque su divino Corazón abrasado de amor á los hombres; nada tendría de meritorio, pues en presencia de tan arrebatadores encantos, ¿qué corazón pudiera permanecer indiferente? Pero aquí, en el augustísimo Sacramento del Altar toda su majestad desaparece, eclípsase por completo toda su grandeza, y hasta se oculta su Humanidad sacratísima; pues en la adorable Eucaristía no sólo confesamos que existe lo que no vemos, sino la existencia de una cosa contraria á lo que vemos, porque lo que vemos parece pan, y por la fe nos vemos precisados á confesar que no es pan, sino la Humanidad sacratísima de Jesús velada por los accidentes de pan. San Agustín y Santo Tomás, recordando lo grato que es al Salvador que le recibamos en la Sagrada Eucaristía, dicen que á la comunión están vinculadas gracias de primer orden, tales como las de predilección; y que esto indicaba Nuestro Señor Jesucristo al decir de los que dignamente comulgan: «*Vivirá eternamente.*»—«*Lo resucitaré en el último día.*»—«*No morirá eternamente.*»

Recibir en nuestro pecho el Cuerpo preciosísimo de Jesús por medio de la sagrada comunión, es la mayor felicidad que puede apetecer el hombre, la obra más grande y la más noble empresa que puede lle-

var á cabo; porque entre todos los dones del cielo no hay ninguno comparable á este Pan de eterna y felicísima vida, cuando se trata de superar los numerosos obstáculos con que tropezamos en el camino de nuestra salvación. En los demás sacramentos la gracia se nos da con medida; pero en éste distribúyense tesoros de celestiales dones á manos llenas, y derrámanse sobre nosotros torrentes de unción y de luz, que dulcísimamente anegan el alma, y penetran todas sus potencias. Si hubiese una nación privilegiada, en la cual existiese sólo un sacerdote que una vez al año consagrara el Cuerpo sacratísimo de Jesús, ¿no es verdad que de todas las regiones, aun las más lejanas, acudirían multitud de fieles en devota peregrinación á contemplar todos los años esta inestimable maravilla de amor, y todos se tendrían por felices si allí pudieran comulgar en aquel día? Pues ¿por qué ha de ser tenido el divino Jesús en menor estima, por qué ha de excitar en nosotros menores sentimientos de admiración y gratitud por lo mismo que dilata más en favor de los hombres los senos de su amantísimo Corazón? Es, además, la sagrada Eucaristía el más honorífico distintivo de que puede gloriarse el católico; pues nada hay que como este augusto Sacramento tenga tan íntima conexión con la fe de la Iglesia; porque ningún otro dogma muestra de una manera tan expresiva la unión que Dios quiere tener con los hombres, como la dichosa participación de este admirable Misterio. «*Un solo cuerpo formamos muchos,* decía el Apóstol San Pablo á los Corintios, *todos los que participamos de un mismo pan.*» Y es tanto más grata al divino Jesús, cuanto que no hay recuerdo que más le complazca, que la memoria gloriosísima de su muerte: por ella satisfizo superabundantemente á la Justicia divina por los pecados de los hombres; y venciendo para siempre al infierno, al pecado y á la muerte, nos reconcilió con su Eterno Padre; triunfo tan completo y beneficio tan inestimable, que si, á semejanza de los coros angélicos, debemos reconocerle y cantarle tres veces como á «*Santo,*» millones de veces deberíamos entonar en su honor himnos de alabanza recordando que murió para darnos vida.

Pues esto hacemos de algún modo cuando comulgamos; porque hay una tiernísima é íntima relación entre la Sagrada Eucaristía y la muerte de Jesucristo, puesto que la Víctima del sacramento del Altar es la misma divina Víctima sacrificada en el Calvario, por más que la situación sea diferente; mortal y pasible sobre la Cruz, é impasible y glorioso en el altar.

Al instituir el amabilísimo Salvador este admirable Sacramento, después de haber dicho que su divina carne era alimento y su sangre

bebida, nos invita á participar de ellas en tono de mandato, con estas palabras: «*tomad y comed,*» y anticipándose á desvanecer todas las dificultades que pudiera oponerle nuestra delicadeza, anonádase hasta el punto de reducirse, por decirlo así, al tamaño de una pequeña partícula, para ser de esta manera nuestro diario alimento, Él, que para vestirse de nuestra humana naturaleza se abatió hasta hacerse niño; y esto en todas las partes de la tierra, millares de veces al día, gustando de estar encerrado en modestísimo sagrario, dispuesto á recibir á todas horas las visitas, adoraciones y súplicas de los fieles, sus amados hijos. Gózase el Señor en que le recibamos *con frecuencia* en nuestros corazones, y éste ha sido siempre el espíritu y el deseo de la Iglesia. Antiguamente los fieles comulgaban todos los días, y á los que por algún concepto se encontraban impedidos de ir á la Iglesia, se les enviaba la sagrada Eucaristía por conducto de algún diácono. Después, desvanecido en parte el primitivo fervor, acercábanse á la sagrada Mesa los domingos, y así estaba mandado en los decretos sinodales de algunas diócesis, bien persuadidos aquellos celosos Prelados de que la sagrada Comunión siquiera una vez á la semana era un medio muy necesario para conservar la apreciable unión que entre Jesucristo y nuestras almas debe constantemente existir, *quia aliter,* decían ellos, *salvi esse non possunt;* «porque de otra manera difícilmente evitarán el pecado.» En aquella época feliz, en que comunmente se observaba esta laudabilísima costumbre, era una triste singularidad abstenerse de la sagrada Comunión; y esto explica las sentidas quejas de San Jerónimo contra algunos infelices que en un tiempo salían de la Iglesia sin haber participado del santísimo Sacramento del altar. Una de las más temibles penitencias en la antigua disciplina de la Iglesia era la de ser por algún tiempo privados de la sagrada Eucaristía, como atestigua aquel santo doctor; y al recordar esto, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, razón hay para que con amarga tristeza nos lamentemos de la frialdad que en general se observa en nuestros tiempos respecto á una costumbre tan santa. En vano continúa abierta para muchos esta abundantísima fuente de gracias; inútiles les son estas aguas purísimas y saludables, que hace ya tantos siglos, desde el principio de la Iglesia, corren en la ciudad de Dios para la perfección y salud eterna de las almas fieles: los que de ellas se abstienen olvidan por desgracia el grayísimo peligro que corren, según las palabras del divino Salvador, todos cuantos se alejan de la sagrada Eucaristía; «*si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no habrá vida en vosotros.*» En la ley antigua como en la nueva, decía el após-

tol San Pablo, todo el que ofrece un sacrificio come de la carne de la víctima que presenta, y esto es considerado como condición necesaria para participar plenamente del fruto del sacrificio; por eso preguntaba sorprendido Moisés al hijo de Aarón, como dice el sagrado libro del Levítico: «¿Por qué no habeis comido de la víctima?» Y á que los fieles participen del santo Sacrificio de la Misa en la sagrada comunión, como lo hacían los cristianos de los primeros siglos, exhorta y ruega á todos con afecto paternal y «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios» el santo Concilio de Trento, excitándolos á que coman con frecuencia este Pan «supersustancial» comulgando en la santa Misa. Tan piadosa y saludable costumbre atraería sin duda sobre los fieles millares de gracias; por el contrario, el alejamiento de este altísimo misterio priva á tantos de las gracias necesarias para ser virtuosos, y de ello se quejaba ya en su tiempo el apóstol San Pablo, diciendo: «Por esto hay muchos que son enfermos é inconstantes.» Los santos Padres han recordado en todos los tiempos esta verdad: «El alma que recibe con frecuencia á Jesucristo, decía San Ambrosio, no puede morir.» San Juan Crisóstomo reconocía que «el santísimo Sacramento del altar tiene gran virtud para sostenernos en medio de los mayores peligros y en la pendiente de los precipicios más espantosos.»—«Cuando urge la tentación, decía San Bernardo, la Sagrada Eucaristía impide consentir.» Y el Concilio Tridentino enseña que por ella, ó no se cae en el pecado que hace perder la gracia, ó, si se cae, siempre será con mucha dificultad. Y de estos santos Doctores, unos aseguran que la Eucaristía es como sal vivificante que salva para siempre de la corrupción el cuerpo y el alma; otros dicen que alimentarse de ella es connaturalizarse con la vida; que si por haber comido el profeta Elías aquel simbólico pan cocido bajo la ceniza, pudo llegar hasta las alturas del monte santo y ser elevado por los aires en carro de fuego; con mayor razón el que coma de este divino alimento llegará á las moradas eternas. Así como nadie puede blasonar de ser fuerte en lo exterior sin alimentarse interiormente, según conviene á su necesidad y complexión; así tampoco nadie puede vivir de la gracia poderosa de Jesucristo, sin que se alimente de su divino Cuerpo en la Sagrada Eucaristía. Hoy, como en aquel gran día de fiesta de que nos habla el Evangelista San Juan, clama nuestro amorosísimo Jesús: «*Si alguno hay que tenga sed, venga á Mí.*» Vayamos, pues, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, vayamos á Él los que sentimos sed de tranquilidad y perfección; vayamos á Jesús en el santísimo Sacramento del altar, que es fuente de vida. «Yo percibo diariamente en concierto gratísimo, dice San Ci-

priano, que la multitud de los fieles canta con nosotros dirigiéndose al Padre celestial: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» Su oración es oída, y el divino pan, que piden, baja del cielo; entonces nosotros, dispensadores y ecónomos del Eterno Padre, nos apresuramos á servir en la mesa del celestial festín; y después de alimentarnos á nosotros mismos, nos ofrecemos á hacer á los demás participantes de este divino manjar. Pero ¡qué! algunos se retiran y ceden el lugar á otros. ¡Qué triste sorpresa! Pobre orgulloso, ó no pidas, ó acepta el divino pan que se te da.»

Preciso es, por lo tanto, para sostenernos en la práctica de nuestros deberes, fortalecer el alma contra los asaltos del enemigo, y excitarnos á conseguir tras repetidos combates y victorias grandes incrementos en la virtud. Esto sentían los mártires cuando ante aquel imponente aparato de raros y espantosos instrumentos de muerte, persistían con loable generosidad en confesar la fe de Jesucristo sin temer los tormentos más horribles: el secreto de tan admirable fortaleza lo revela San Cipriano con estas palabras: «A aquellos á quienes excitamos al combate, los fortificamos antes con la protección del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.» Peligros espirituales, más temibles aún, nos ofrece diariamente el mundo en tantos escándalos, ocasiones, espectáculos, seducciones y asechanzas que por donde quiera se presentan: en ellos facilísimo es perder la gracia, si no acudimos á la Sagrada Eucaristía armándonos de los dones, consuelos y fortalezas de Jesucristo Nuestro Señor. Con sólo tocar la orla de su sagrada vestidura sanó de repente de su incurable enfermedad la feliz Hemorroisa; pues ¡cuánta más eficacia no tendrá para curar las dolencias de nuestra alma el Cuerpo divino de Jesús, si le recibimos en nuestros corazones? No nos desaliente la consideración de nuestra indignidad; pues cuanto más nos alejésemos de la Sagrada Eucaristía, nos haríamos más indignos; y como tan sabiamente dicen San Ambrosio y San Juan Crisóstomo: «el que no merece recibirla cada día, tampoco merece recibirla una vez al año.»

El siguiente punto se leerá el domingo quinto de Cuaresma.

## V

Quejábase nuestro amabilísimo Salvador de la inaudita dureza de los judíos, que no obstante los estupendos milagros que á cada paso

le veían obrar, no creían sus divinas enseñanzas; y les decía: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye sus palabras; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.» Dijéronle entonces aquellos desventurados: «¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y estás poseído del demonio?» — «Yo no estoy poseído del demonio, contestó Jesús, sino que doy el honor debido á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí; mas yo no busco mi gloria. Hay quien la busque y haga justicia. En verdad, en verdad, os digo: Si alguno guarda mis enseñanzas, no verá jamás la muerte.» Replicáronle los rebeldes judíos que Abraham y los profetas habían sido más grandes que Él, y habían muerto; y al oír que el divino Jesús decía que Él existía ya antes de que viniese al mundo Abraham, cogieron piedras para tirárselas, y entonces el Salvador, haciéndose invisible, salió del templo.

Gravísimo sobre toda ponderación era este ultraje, que aquellos hombres voluntariamente ciegos se atrevieron á inferir al divino Redentor, que con incansable solicitud se esforzaba en enseñarles el camino del cielo; pero tristísima significación tuvo también para ellos y para los incrédulos de todos los siglos, el abandono en que los dejó el Señor. Tan poderosa es la palabra de Dios, que se hace oír de todas las criaturas; y aun algunas de las insensibles, como los peñascos, hendiéronse presurosas en el Calvario al resonar la última palabra del Hombre-Dios, que moría sobre la cruz, y al eco de su celeste voz resucitaron también entonces los muertos; porque la divina palabra, dice el Real Profeta, es «voz del Señor, que resuena como rompiendo densas nubes,» y amenazando con un nuevo diluvio á la tierra; «el Dios de la majestad tronó; el Señor sobre muchas aguas.» Y palabra de tan espantable poder ¿cómo se concibe que sea despreciada por el hombre? Y lo es, sin embargo, como nos lo dice el triste pasaje del Evangelio que hemos mencionado, y tantos otros de que por desgracia venimos siendo testigos: la verdad tiene muchos adversarios, y bien claro nos lo asegura el Evangelista San Juan, cuando al hablar de los hechos del divino Jesús, dice: «*A pesar de que tantos milagros hacía delante de ellos, no le creían.*» Y esta rebelión, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, esta impía actitud no puede menos de ser altamente culpable, porque apenas hay ignorancia que la disculpe. Dios ha dado á cada uno de nosotros un espejo limpio y fidelísimo, en que podemos ver perfectamente reflejadas las manchas de nuestra alma: tal es la conciencia, que por más que intentemos engañarla, siempre nos representa nuestro pecado tal cual es; pues Dios la ha puesto dentro de nosotros como

ensor justo y severo, que no puede disimular nunca la más pequeña irregularidad. Sin que pudiese ahogarla, sentía su voz el fratricida Cain, como el Señor se lo recordaba: «¿Por ventura, si obrares bien, no recibirás la recompensa en el gozo de tu corazón? Pero si hicieres algún mal, llevarás contigo la pena de tu pecado en el remordimiento de tu alma.» No era más que una mano que trazaba en la pared caracteres ininteligibles, la que vió el rey Baltasar cuando entre horribles sacrilegios y abominables destemplanzas presidía alegre un escandaloso festín, al que asistían muchos de sus cortesanos: de pronto anúdasele la lengua en la garganta, palidece como un muerto, y tiembla con pavorosa y extraña agitación. ¿Qué le pasa? ¿Estremécese ante aquellas letras, que no entiende? Pero por lo mismo que no las entiende, no hay motivo para temer; pudieran ser muy bien misteriosas frases de bendición. ¿Por qué se conmueve Baltasar? Porque le acusa su conciencia, y el trágico fin que tuvo aquella misma noche, justo castigo de su mala vida, probó muy bien que tenía hartos motivos para temblar. No dejan de sentir en su alma los incrédulos y los impíos que la conciencia es constantemente su censor implacable; y esta claridad con que ven su temeraria rebelión contra Dios, los hace menos disculpables ante su divino tribunal: «Mandaste, Señor, dice San Agustín, que el hombre criminal encuentre su castigo en su propio pecado; y cualquiera que sea su industria, Vuestra voluntad será siempre cumplida.» Y cuando á despecho de los gritos de su conciencia, el incrédulo continúa endurecido en sus extraviadas ideas ó doctrinas escandalosas, y en su mala vida, llega por desgracia para él, como para los judíos de que nos habla el santo Evangelio, el castigo formidable de la obstinación.

A este estado tristísimo se llega muchas veces por una serie de culpables descuidos. No se quiere entrar en cuentas con la conciencia acerca del estado del alma, y de las relaciones en que ésta se halla con Dios; y de ahí los males gravísimos de que ya en su tiempo se quejaba el profeta Isaías: «la tierra está llena de iniquidades, porque no hay quien medite.» Prometiéndose algunos larga vida, dedícanse con afán á satisfacer todos los gustos del sentido; y de pronto viene á sorprenderlos la muerte entre amarguísimas angustias, porque cometieron el trascendental error de menospreciar aquel saludable aviso del divino Jesús: «en la hora que no pensais vendrá el Hijo del hombre.» Y cuando esta advertencia aparece tan clara, y cuando de varias maneras la repite, llegando á decirnos que vendrá como el ladrón, que se acerca precisamente á la hora en que no se le espera, ¿por qué no hemos de

vivir siempre prevenidos? ¿Cómo concebir que hombres, por otra parte, tan hábiles para las cosas del mundo, vivan de ordinario en peligrosa inacción sin temer la repentina llegada del divino Juez, que vendrá á tomarles rigurosa cuenta de todas sus obras? Así fueron tristemente sorprendidos los pecadores del tiempo del diluvio en los momentos en que estaban muy lejos de temer que nadie viniese á turbar las alegrías de sus criminales goces; así las desgraciadas víctimas del fuego que consumió á Sodoma, los cuales, lejos de pensar en el triste estado de su alma, arrojábanse á nuevos atentados en los instantes mismos en que los enviados del cielo alejaban de aquellas ciudades nefandas á Lot y á su familia, para que la rectísima justicia de Dios descargase ruidosa y espantable sobre los endurecidos pecadores. Y este culpable descuido, esta funestísima dureza de corazón aparece mucho más deforme é indisciplinable, si consideramos con qué amorosa ternura se queja de su alejamiento Dios Nuestro Señor, y con qué paciente solicitud los busca: «¿Hay algo, dice Él por el Profeta, hay algo que haya podido hacer en favor de mi amada viña, y no haya hecho? Y poco antes de subir al Calvario para regarla desde allí con su Sangre preciosísima, al ver desde el monte Olivete la ciudad de Jerusalén, vierte por ella amargo llanto; llora, no porque las legiones romanas, avezadas á recorrer en triunfo todo el mundo conocido, vendrán á sitiarse y á reducirla á polvo, trocando en cenizas su magnífico templo; sino porque sus habitantes «no conocían siquiera en aquellos días, que se les habían dado para convertirse, lo que podía atraerles la paz.» Y constante en su afanoso empeño de ablandar los corazones endurecidos excitándolos á convertirse á Dios, repetía con frecuencia, y nos repite hoy por medio de santas inspiraciones, esta preciosa máxima: «¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» Y por encargo suyo dirigía á los fieles el Apóstol, y siguen dirigiéndoles hoy sus celosos pastores, este saludable aviso: «Este, en que estamos, es el tiempo aceptable; éste es el tiempo de salvación.» A pesar de tan repetidos llamamientos, muchos son por desgracia los que, abusando de los espirituales auxilios que el Señor les concede, van de día en día aplazando el tiempo de la penitencia, como decía el profeta Isaías: «Nadie hay que haga penitencia de sus pecados, ni se avergüence de cometerlos.»

Pero si triste es esta deplorable dureza, que poco á poco van produciendo en el alma las inmortificadas pasiones que inquietan y dominan el corazón; más funestas son todavía las inmoderadas tendencias de algunos espíritus orgullosos y rebeldes, que pretenden sustraerse á la autoridad del mismo Dios, menospreciando sus altísimas enseñanzas;

de algún modo semejantes á aquellos obstinados judíos, que odiando á Nuestro Señor Jesucristo á causa de sus mismas virtudes, ni creían en su divina palabra, ni daban importancia á sus milagros, y aun se atrevían á ofenderle con gravísimas calumnias. En vano les decía en són de amorosa queja el divino Jesús: «Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis?» aquellos infelices permanecían obstinados, porque, según la acertada expresión del Sabio, «*hábíalos cegado su propia malicia.*» Su voluntad desordenada inclinábanlos á un partido contrario á la verdad, y habían venido á caer en aquella triste situación, que recordaba el amorosísimo Redentor: «¿Cómo podéis creer vosotros, que mutuamente estais recibiendo unos de otros la gloria?» Lo que la pasión de la envidia hizo un tiempo con Saúl, y con el sabio Salomón la de la sensualidad, lo hace el pueril deseo de singularizarse con aquellos espíritus tenaces ó vanidosos, que, como escribía San Pablo á los Romanos, «*detienen injustamente cautiva á la verdad.*» ¡Triste situación la de estos desventurados, que se lanzan á ofender directamente al Espíritu Santo combatiendo la fuente y el principio de la gracia, abusando de los Sacramentos ó retrayendo de ellos á los fieles, valiéndose para ello del ridículo, de la autoridad, de la calumnia ó del prestigio de la pluma, y empleando en hacer la guerra al mismo Dios los dones que de Él han recibido! «Hay pecados, que son de muerte, decía en su primera carta, cap. V, el evangelista San Juan; yo á nadie digo que ruegue por aquellos que los cometen,» porque no estoy seguro de que alcancen de ellos perdón. ¡Tan graves son estos pecados contra la fe, que hoy, por desgracia, se cometen con tanta frecuencia! Y de llorar es también sobremana la desdicha de tantos infelices, que habiendo empleado gran parte de su vida en satisfacer todo género de criminales pasiones, fáltales á la hora de morir la suficiente energía para detestarlas, como dice el sagrado libro de los Proverbios: «*Sus propias maldades prenden al impío, y es oprimido con las ataduras de sus pecados. Él mismo morirá, porque no abrazó la amonestación, y se hallará engañado por su culpable locura.*» Por eso no es de maravillar que, habiendo tantas veces menospreciado los sermones, lecturas, advertencias é inspiraciones de Dios Nuestro Señor, se encuentren sin Él á la hora en que más le necesitan, como dice el Espíritu Santo: «*Por cuanto os llamé, y dijisteis que no... por eso morireis en vuestro pecado.*»

Cuando el Señor se apiadó de los sufrimientos del pueblo de Israel y escuchó benigno sus gemidos y sus ruegos, encargó á Moisés que fuese á librarlo de su penoso cautiverio. Reconocido por los israelitas como su caudillo, preséntase Moisés á Faraón intimándole la orden de